

Francisco Fernández Carvajal

LA MUERTE Y LA VIDA

- La muerte que hemos de evitar y temer.
- El pecado, muerte del alma. Efectos del pecado.
- Apreciar sobre todas las cosas la vida del alma.

I. La Liturgia de este Domingo nos habla de la muerte y de la vida. La *Primera lectura*¹ nos enseña que la muerte no entraba en el plan inicial del Creador: *Dios no hizo la muerte, ni se recrea en la destrucción de los vivientes*; es consecuencia del pecado². Jesucristo la aceptó «como necesidad de la naturaleza, como parte inevitable de la suerte del hombre sobre la tierra. Jesucristo la aceptó (...) para vencer al pecado»³. La muerte angustia el corazón humano⁴, pero nos conforta saber que Jesús *aniquiló la muerte*⁵. No es ya el acontecimiento que el hombre debe temer ante todo. Es más, para el creyente es el paso obligado de este mundo al Padre.

El Evangelio de la Misa nos presenta a Jesús que llega de nuevo a Cafarnaún⁶, donde le espera una gran muchedumbre. Con especial necesidad y fe le aguardan el jefe de la sinagoga, Jairo, que tiene una hija a punto de morir, y una mujer con una larga enfermedad en la que había gastado toda su fortuna; ambos sienten una especial urgencia de Él. Por el camino hacia la casa de Jairo tiene lugar la curación de esta enferma, que ha depositado toda su esperanza en Cristo.

Jesús se ha detenido para confortar a esta mujer. En esto, le comunican al jefe de la sinagoga: *Tu hija ha muerto; ¿para qué molestar ya al Maestro?* Pero Jesús tomó a Pedro, a Santiago y a Juan para que fueran testigos del milagro que realizará a continuación. Llegan a casa de Jairo, y ve el alboroto, y a los que lloran y a las plañideras. Y al entrar, les dice: *¿Por qué alborotáis y estáis llorando? La niña no ha muerto, sino que duerme. Y se reían de Él...* No comprenden que para Dios la verdadera muerte es el pecado, que mata la vida divina en el alma. La muerte terrena es, para el creyente, como un sueño del que despierta en Dios. Así la consideraban los primeros cristianos. *No quiero que estéis ignorantes* -exhortaba

San Pablo a los cristianos de Tesalónica- *acerca de los que durmieron, para que no os entristezcáis como los que no tienen esperanza*⁷. No podemos afligirnos como quienes nada esperan después de esta vida, porque *si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios a los que se durmieron con Él los llevará consigo*⁸. Hará con nosotros lo que hizo con Lázaro: *Nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy a despertarlo*. Y cuando los discípulos piensan que se trataba del sueño natural, el Señor claramente afirma: *Lázaro ha muerto*⁹. Cuando llegue la muerte cerraremos los ojos a esta vida y nos despertaremos en la Vida auténtica, la que dura por toda la eternidad: *al atardecer nos visita el llanto, por la mañana, el júbilo*, rezamos con el *Salmo responsorial*¹⁰. El pecado es la auténtica muerte, pues es la tremenda separación –el hombre rompe con Dios–, junto a la cual la otra separación, la del cuerpo y el alma, es cosa más liviana y provisional. *Quien crea en Mí, aunque muera vivirá, y todo el que vive y cree en Mí no morirá jamás*¹¹.

La muerte, que era la *suprema enemiga*¹², es nuestra aliada, se ha convertido en el último paso tras el cual encontramos el abrazo definitivo con nuestro Padre, que nos espera desde siempre y que nos destinó para permanecer con Él. «Cuando pienses en la muerte, a pesar de tus pecados, no tengas miedo... Porque Él ya sabe que le amas.... y de qué pasta estás hecho.

»—Si tú le buscas, te acogerá como el padre al hijo pródigo: *¡pero has de buscarle!*»¹³. Tú sabes, Señor, que te busco día y noche.

II. Dice Jesús a Jairo: *No ha muerto, sino que duerme*. «Estaba muerta para los hombres, que no podían despertarla; para Dios, dormía, porque su alma vivía sometida al poder divino, y la carne descansaba para la resurrección. De aquí se introdujo entre los cristianos la costumbre de llamar a los muertos, que sabemos que resucitarán, con el nombre de *durmientes*»¹⁴.

No es la muerte corporal un mal absoluto. «No olvides, hijo, que para ti en la tierra solo hay un mal, que habrás de temer, y evitar con la gracia divina: el pecado»¹⁵, pues «muerte del alma es no tener a Dios»¹⁶. Cuando el hombre peca gravemente se pierde para sí mismo y para Dios: es la mayor tragedia que puede

sucedarle¹⁷. Se aparta radicalmente de Dios, por la muerte de la vida divina en su alma; pierde los méritos adquiridos a lo largo de su vida y se incapacita para adquirir otros nuevos; queda sujeto de algún modo a la esclavitud del demonio, y disminuye en él la inclinación natural a la virtud. Tan grave es que «todos los pecados mortales, aun los de pensamiento, hacen a los hombres *hijos de la ira* (Ef 2, 3) y enemigos de Dios»¹⁸. Por la fe conocemos que un solo pecado –sobre todo el mortal, pero también los pecados veniales– constituye un desorden peor que el mayor cataclismo que asolara toda la tierra, porque «el bien de gracia de un solo hombre es mayor que el bien natural del universo entero»¹⁹.

El pecado no solo perjudica a quien lo comete: también daña a la familia, a los amigos, a toda la Iglesia, y «se puede hablar de una *comunión en el pecado*, por el que un alma que se abaja por el pecado abaja consigo a la Iglesia y, en cierto modo, al mundo entero. En otras palabras, no existe pecado alguno, aun el más íntimo y secreto, el más estrictamente individual, que afecte exclusivamente a aquel que lo comete. Todo pecado repercute, con mayor o menor intensidad, con mayor o menor daño, en todo el conjunto eclesial y en toda la familia humana»²⁰.

Pidamos con frecuencia al Señor tener siempre presente *el sentido del pecado* y su gravedad, no poner jamás el alma en peligro, no acostumbrarnos a ver el pecado a nuestro alrededor como algo de poca importancia, y saber desagraviar por las faltas propias y por las de todos los hombres. Que el Señor pueda decir al final de nuestra vida: *No ha muerto, sino que duerme*. Él nos despertará entonces a la Vida.

III. Jesús no hace el menor caso a aquellos que se reían de Él; por el contrario, *haciendo salir a todos, toma consigo al padre y a la madre y a los que le acompañaban, y entra donde estaba la niña. Y tomando la mano de la niña, le dice: Talita qum, que significa: Niña, a ti te lo digo, levántate. Y enseguida la niña se levantó y se puso a andar, pues tenía doce años; y quedaron llenos de asombro*.

Los Evangelistas nos han transmitido este detalle humano de Jesús: *y dijo que dieran de comer a la niña*. A Jesús –perfecto Dios y hombre perfecto– también le

preocupan los asuntos relativos a la vida aquí en la tierra, pero muchísimo más todo aquello que hace relación a nuestro destino eterno. San Jerónimo, comentando estas palabras del Señor: *no está muerta, sino dormida*, señala que «ambas cosas son verdad, porque es como si dijera: está muerta para vosotros, y para mí dormida»²¹. Si amamos la vida corporal, ¡cuánto más hemos de apreciar la vida del alma!

El cristiano que trata de seguir de cerca a Cristo, detesta el pecado mortal y habitualmente no incurre en faltas graves, aunque nadie está confirmado en la gracia. Y esa convicción de la propia debilidad nos llevará a evitar las ocasiones de pecado mortal, aun las más remotas. ¡Vale mucho la vida del alma! Y ese amor a la vida de la gracia nos moverá a la práctica asidua de la mortificación de los sentidos, a no fiarnos de nosotros mismos, ni de una larga experiencia, ni del tiempo que quizá llevamos siguiendo al Señor...; nos facilitará el amar la Confesión frecuente y la sinceridad plena en la dirección espiritual.

Para asegurar esa vida del alma debemos mantener la lucha lejos de las situaciones límite de lo grave y lo leve, de lo permitido o prohibido. Los pecados veniales deliberados producen un tremendo daño en las almas que no luchan decididamente para evitarlos. Sin impedir la vida de la gracia en el alma, la debilitan, porque hacen más difícil el ejercicio de las virtudes y menos eficaces los suaves impulsos del Espíritu Santo, y disponen –si no se reacciona con energía– para caídas más graves.

Pidamos a la Virgen nuestra Madre que nos otorgue el don de apreciar, por encima de todos los bienes humanos, incluso de la misma vida corporal, la vida del alma, y que nos haga reaccionar con contrición verdadera ante las flaquezas y errores; que podamos decir con el Salmista: *ríos de lágrimas derramaron mis ojos, porque no observa con tu ley*²². No importa tanto la muerte corporal como mantener y aumentar la vida del alma.

1 Sab 1, 13-15; 2, 23-25. — **2** Cfr. Rom 6, 23. — **3** JUAN PABLO II, *Homilía* 28-11-1979. — **4** Heb 2, 15. — **5** 2 Tim 1, 10. — **6** Mc 5, 21-43. — **7** 1 Tes 4, 13. — **8** 1 Tes 4, 14. — **9** Cfr. Jn 11, 11 ss. — **10** Sal 29, 6. — **11** Jn 11, 25-26. — **12** 1 Cor

15, 26. — **13** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Surco*, Rialp, 3ª ed., Madrid 1986, n. 880. — **14** SAN BEDA, *Comentario al Evangelio de San Marcos*, in loc. — **15** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, Rialp, 30ª ed., Madrid 1976, n. 386. — **16** SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, 2, 7. — **17** Cfr. TANQUEREY, *Compendio de Teología ascética y mística*, Desclée, Madrid 1930, nn. 719-723. — **18** CONC. DE TRENTO, *Sesión 14*, cap. 5 — **19** SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, 1-2, q. 113, a. 9, ad 2. — **20** JUAN PABLO II, Exhor. Apost. *Reconciliatio et poenitentia*, 2-XII-1984, 16. — **21** SAN JERÓNIMO, en *Catena Aurea*, ed. bilingüe, Madrid 1886, val. 4, p. 131. — **22** *Sal* 118, 136.

Nota: Ediciones Palabra (poseedora de los derechos de autor) sólo nos ha autorizado a difundir la meditación diaria a usuarios concretos para su uso personal, y no desea su distribución por fotocopias u otras formas de distribución.